

A Don Augusto Krausse, que trajo el primer piano a las costas del Río Salado

NICOLÁS CÓCARO
a ELOÍSA GUTIERREZ

A usted, Don Augusto Krausse,
que vino a llenar el coraje de coraje europeo;
a su fervor ilustre de pastor aguerrido
guarecido en una pampa sin nombre y sin linaje.
Quizá sus manos presintieron un largo aprendizaje de muertes
al acariciar un puñado de tierra
o alguna espiga de trigales criollos.
En el día repicarían los martillos de la herrería de caballos
o el golpe en las maderas de las volantas
o, acaso, sus ojos azules se llenarían de paisajes
al pasar las carretas camino de Las Salinas.
Por las noches se dibujaría su sombra en los muros de la casa
y su mano cansada descansaría entre los cabellos rubios
con el "en un principio era el verbo" del Antiguo Testamento.
Tal vez, se esperanzaría, como en un arroyo de estrellas,
escuchando las notas del "lied" en el primer piano
que traían las carretas a las tierras de Chivilco.
A usted, Don Augusto Krausse,
mitrista y hombrazo de estos campos,
misterioso trabajador de las manos y de la mente.
Yo no sé si llegará a la harina de sus huesos
este fervor mío del siglo veinte,
pero su memoria me acompaña
pastor sin multitudes, hermano de Sarmiento.
Y toda esta evocación se la lleva la ceniza
porque ni un verso, tal vez, diga de su vida
más de lo que hizo su noble amor prusiano
y su voluntad, que pulsa
mi canto de estos días.